

**NOVIEMBRE 2013**

## **50° aniversario de la muerte de John F. Kennedy**

*Por Roberto T. Alemann, Aldo Ferrer y Lillian O'Connell de Alurralde*

Palabras de Roberto Alemann

La historia de John Fitzgerald Kennedy (apodado Jack) es muy conocida, incluso han habido publicaciones recientes en periódicos sobre su existencia y su obra. Nosotros desde la Embajada vivimos su ascenso en la política, su dramática elección como presidente cuando venció nada menos que al vicepresidente Nixon por muy pocos votos –algo más de cien mil votos sobre sesenta millones– y accedió a la presidencia, que era su objetivo.

Él siempre decía, según testigos, “yo voy a ser presidente” y lo fue en 1961. Al poco tiempo fui nombrado Ministro de Economía del presidente Frondizi. Concurrí a Washington para buscar a mi familia y ahí sucedió el primer hecho extraño: yo era un Ministro recién designado y el Embajador del Carril gestionó una entrevista con el presidente Kennedy, y el presidente Kennedy me recibió. Antes no se usaba que un presidente de la República reciba en audiencia a un recién designado Ministro de Economía de otro país.

Esto demostró lo que yo descubrí después en mis conversaciones con él y a lo largo de sus actos, que él tenía, a mi sentir, una amistad con la Argentina. Él quería a la Argentina. Y así fue lo que me dijo en esa entrevista, en la que discutíamos por supuesto los problemas de la carne. Me dijo: “yo conozco la Argentina; yo sé lo que significa la carne para ustedes”, y eso lo dijo porque en su momento el Embajador Cárcano, amigo del padre de él cuando los dos eran embajadores en Londres durante la guerra, lo había invitado a Córdoba a su

\* Sesión académica en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales el 19 de noviembre de 2013

estancia, entonces él recorrió la Argentina de este a oeste, vio la riqueza de las pampas y palpó el sentir de la gente y desde entonces mantuvo una especial predilección por la Argentina. Me lo dijo a mí: “yo sé lo que es la pampa para ustedes, lo que es la ganadería, conozco; nosotros tenemos nuestros problemas con eso”. Pero el lobby ganadero en Estados Unidos es, hasta la fecha, imbatible. Pero buscó una solución a un problema que habíamos planteado: que pudiéramos vender carnes precocidas, matando el virus de la aftosa. Los ganaderos norteamericanos se opusieron, aduciendo que se debía hacer una segunda cocción, con lo cual las carnes eran incomibles. Esa era la disputa.

Y Kennedy lo resolvió proponiéndome que hiciéramos un estudio científico con un laboratorio. Así lo hicimos y finalmente nos dieron la razón a nosotros. Y desde entonces estamos vendiéndole carnes pre-cocidas a los Estados Unidos por 100 a 150 millones de dólares por año. Se acoplaron después Uruguay, Paraguay y Brasil. Japón abrió también la importación ante el ejemplo de Estados Unidos, porque hay que acordarse que la Argentina, en esa época, tenía como principal producto exportador la carne bovina, como es hoy la soja y teníamos cerrados los mercados de Alemania,

Francia, Estados Unidos, Japón, Corea; o sea, nos quedaba solamente Inglaterra. Esas eran las circunstancias objetivas en las cuales nosotros operábamos y él tuvo esa expresión de que nos conocía y nos tenía simpatía, sin la cual no hubiera tenido ese gesto.

Más tarde tuve otros testimonios de su simpatía. Teníamos un problema con el azúcar. Nosotros queríamos vender azúcar, cosa que no habíamos hecho hasta entonces. Y conseguimos que nos incluyeran una cuota de 20 mil toneladas por primera vez, y después de largas gestiones para la aprobación por los Diputados del Congreso. Pero cuando terminó la reunión de las dos Cámaras nos habían sacado la cuota. ¿Por qué nos habían sacado la cuota? En la Embajada argentina nunca contratábamos lobistas, no era nuestra costumbre; entonces, nos quejamos ante el gobierno de Kennedy. Kennedy estaba en ese momento en Costa Rica cuando se lo informaron y a su regreso convocó a tres senadores para el desayuno y les dijo: “Ustedes devuelven las 20 mil toneladas a la Argentina”. Al día siguiente se reunió el Senado y presentaron el caso. Me invitaron a mí a la reunión, estuve adentro para escucharlo. Se levantó un senador y dijo: “la Argentina es el único país que usó

solamente la Embajada –como correspondía– para conseguir esta cuota”, y nos la devolvieron. El mecanismo legal es curiosísimo.

Por eso yo digo, la Argentina era para Kennedy un país amigo. Y si uno mira para atrás en la historia, presidentes de Estados Unidos que hayan conocido la Argentina eran poquísimos: Theodore Roosevelt y no sé si alguno más. Y Kennedy la conoció cuando tenía veinte y tantos años, de joven, no siendo presidente. Pero yo no recuerdo ningún otro presidente de Estados Unidos que haya tenido simpatía por el pueblo argentino como la tuvo Kennedy.

Después se produjo la crisis de los misiles, que fue definitoria en la historia mundial. Si Kennedy hubiera hecho caso a lo que le recomendaban los militares y bombardeaba Cuba durante siete días, los rusos hubieran tomado Berlín y no hubiera sido posible defenderla. Obviamente, Berlín tenía más importancia estratégica para Estados Unidos que Cuba.

Entonces resolvieron hacer una cuarentena, que es un bloqueo selectivo, o sea pasan todos los barcos en dirección a Cuba pero se revisan y no permiten el paso de armas atómicas, ojivas y misiles. Nosotros en la Argentina lo acompañamos. El canciller era Carlos Manuel Muñiz, el fundador del CARI, a quien llamé por

teléfono y le dije: “nos están pidiendo que mandemos los barcos”. Él convocó el gabinete del presidente Guido esa misma noche y resolvieron enviar dos barcos. Al día siguiente me lo comunicó por teléfono, se lo dije a Ed Martin, que era el Subsecretario para Asuntos Interamericanos, y posteriormente Embajador en la Argentina. Se quedó helado cuando escuchó que la Argentina, que nunca había acompañado las guerras de Estados Unidos, hiciera un gesto así y se lo comunicó al presidente.

Casualmente esa misma noche en la Casa Blanca hubo una cena, preparada meses atrás, en la cual estaban presentes los hijos del embajador Carter, amigo personal de Kennedy. El hijo asistió a la cena y al día siguiente me comentó que Kennedy estaba profundamente conmovido por el gesto de la Argentina de acompañarlo con los barcos. Aparte de eso, lo acompañamos con el voto en la OEA. De esa manera, Kennedy obtuvo en dos días la aprobación del Congreso y la aprobación por unanimidad en la OEA, algo que sorprendió completamente a los soviéticos se quedaron, porque casi nunca hay unanimidad en la OEA y mucho menos en temas políticos de este alcance.

Y así, básicamente, se resolvió la primera

parte del conflicto; luego Kennedy negoció con Jrushchov un arreglo diplomático, que finalizó con la decisión de establecer una línea roja de teléfono para avisar cualquier cuestión sin tener dificultades de comunicación que pudieran llevar a ningún error. Los rusos pedían que Estados Unidos levantara su base en Turquía, cosa que Estados Unidos había resuelto hacer seis meses atrás, pero la implementación se demoró porque hubo que vencer la resistencia de los turcos. Y con eso y otras cositas Kennedy arregló el tema negociando con Jrushchov y se terminó la amenaza nuclear de las dos superpotencias, desde entonces y hasta ahora.

Lo que no sabían los norteamericanos –y nosotros tampoco– era que en Cuba estaban levantando rampas para misiles de largo alcance; eso lo veían los aviones U2 de observación y fotografía. Pero, aparte, había misiles de corto alcance montados sobre un camión, los cuales podían llegar a la costa de Miami o algo más, y que además estaba en Cuba un general ruso que tenía autorización del Kremlin para lanzar un misil atómico de corto alcance sobre el territorio de Estados Unidos en caso de ataque aéreo. Eso no lo supieron los estadounidenses; se enteraron 30 años más tarde cuando hubo una reunión evocativa en La Habana con presencia de varios de los partícipes

del debate, y Fidel Castro me contó eso.

Bueno, a ese general soviético le retiraron durante la negociación la autorización, porque uno puede imaginarse lo que habría pasado si los norteamericanos bombardean Cuba y este militar ruso ordena tirar un misil de corto alcance; inimaginable, hubiese ocurrido el final de la humanidad y no sucedió gracias a la negociación. Por eso, desde la resolución de la crisis de los misiles que fue obra de Kennedy, que tenía como contrincante a un Jrushchov, un tipo muy difícil, muy temperamental, pero al final cedió, retiró los barcos, se deportó el armamento y se hizo la paz. Desde entonces no hay más peligro de guerra atómica entre las superpotencias, al margen de que la superpotencia soviética desapareció.

Kennedy también demostró su inclinación hacia toda América Latina con el programa de la Alianza para el Progreso, que se instrumentó en un acuerdo en Punta del Este con la presencia del Che Guevara, a quien recuerdo que estaba sentado al lado mío, pronunciando un discurso de dos horas y media justificando los fusilamientos que estaban haciendo en aquel momento en Cuba con sus adversarios. Esa Alianza para el Progreso se constituyó en un aporte de

Estados Unidos de veinte mil millones de dólares para todos los proyectos de desarrollo y de ayuda social. Argentina, con Frondizi, insistía en los proyectos de inversión y en desarrollo; otros países, de ayuda social.

Durante los diez años de la Alianza, Estados Unidos no invirtió veinte mil millones, invirtió veintitrés mil millones y se hicieron una enorme cantidad de proyectos que dieron lugar a resolver problemas sociales y económicos de América Latina. Fue un programa exitoso aunque no fuera de interés para los diarios, las revistas y los medios públicos. Y mostró la inclinación del presidente Kennedy por América Latina, y en especial por la Argentina que mucho lo recuerda.

Esta es mi apreciación del presidente Kennedy cuya biografía es muy conocida en los papeles, lo repito. Y cuando nos enteramos que había muerto asesinado en Dallas, fue un shock impresionante. Yo era embajador y había sido acreditado ante él, por lo que sentó la obligación de ir a recibir sus restos al Aeropuerto Militar. Éramos sólo dos embajadores. Y cuando bajó del avión Lyndon Johnson, que había jurado a bordo como sucesor, vi a Jacqueline con su vestido rosado todo manchado con la sangre del marido, muy dramático; y yo cumplí con mi obligación personal de responder a la amistad

que el presidente Kennedy tuvo por mi país, por la Argentina.

Estos son mis recuerdos sobre Kennedy; al margen de lo malo, creo que fue un gran presidente de Estados Unidos, uno de los grandes. Hoy es un mito por supuesto, porque terminó con el peligro atómico entre las dos grandes potencias. Ésta fue su principal decisión política y consiguió hacerlo. A nivel mundial era importantísimo. Nosotros en Argentina –que no tenemos, por suerte, armas atómicas ni las vamos a construir– no tenemos la sensación de importancia de estas armas en la política internacional. Para los Estados Unidos siguen siendo “top priority” las armas de destrucción masivas y mientras tanto hay toda clase de acuerdos y decisiones. América del Sur es una zona en la que todos sus gobiernos están de acuerdo en no construir armas de destrucción masiva y eso es por lo tanto una zona de paz en el mundo. Kennedy tuvo mucho que ver con eso. Estas son mis apreciaciones.

#### Palabras de Aldo Ferrer

Mi recuerdo de la presidencia de Kennedy es, aparte de lúgubre, un periodo histórico de Estados Unidos y del mundo. Yo estaba en

aquel tiempo de la presidencia de Kennedy viajando con mi familia a Washington cuando se estaba haciendo la Conferencia en Punta del Este y trabajé en el Banco Interamericano y regresé pocos meses antes del asesinato de Kennedy, así que tengo una memoria muy viva del período.

Recuerdo muy bien lo que decían del tema de los misiles. Y claro que el nombre de Kennedy está asociado al proyecto de la Alianza para el Progreso, que fue un conjunto de ideas que él lanzó poco tiempo después de haber asumido la presidencia, donde propuso colaborar con los países del continente. Y es interesante observar las condiciones y el marco de referencia donde el presidente Kennedy tomó esta iniciativa que, de alguna manera, reverdecía la tradición rooseveltiana de la política de 1945.

En Estados Unidos, como el resto de los países avanzados de Europa, que ya se habían recuperado de la guerra y atravesaba un periodo dorado de la posguerra, prevalecían las ideas keynesianas, de la intervención del Estado en las políticas públicas, del pleno empleo; es decir, había un ambiente de activismo público para alcanzar objetivos de bienestar general.

Estaba también en la memoria el Plan Marshall, la posibilidad de que una gran potencia como los Estados Unidos, a partir de una contribución

financiera importante, podía realmente producir un cambio significativo en la realidad, como pasó en Europa. Creo que eso influyó también en la idea de fondo de la Alianza, como recordaba el Dr. Alemann. Y creo que también influían en el escenario las ideas que Prebisch había desplegado de la CEPAL: la idea que en América Latina era necesario un proceso de transformación social, de transformación productiva, de inclusión social.

Y creo que fue en este clima de ideas que el Presidente Kennedy tomó esta iniciativa tan importante de esta Alianza, y desde luego, había un factor político determinante que era la existencia de la guerra fría, el desafío que planteaba la Revolución Cubana en términos de una propuesta revolucionaria para resolver los problemas de la región y, desde luego, el interés de los Estados Unidos y de los estados latinoamericanos de evitar que esto pasara a mayores creando condiciones sociales que le quitaran sustento, digamos, a la protesta social y, por lo tanto, a la propuesta revolucionaria. Así que yo creo que fue todo un clima de esta naturaleza que provocó esta iniciativa al presidente Kennedy.

Pero lamentablemente poco tiempo después, se produjo el episodio de la Bahía de los

Cochinos, que fue una catástrofe política y militar. Esto le dio un nuevo impulso a esta idea, que culminó con la Conferencia de Punta del Este a mediados del año '63, con un programa francamente progresista. Incluía medidas en materia de educación, se proponían metas de crecimiento, de inclusión social, de distribución del ingreso, incluso auspiciaba programas de reforma agraria y respaldaba también la integración latinoamericana; fue una propuesta, vuelvo a insistir, que hoy calificaríamos de progresista.

Y en torno de aquello se crearon mecanismos. El Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, donde yo trabajé años más tarde, después de haber vuelto de mi trabajo en el BID, mucho tiempo después del asesinato de Kennedy. Y, como les recordaba, regresé a la Argentina poco tiempo antes de esta tragedia y seguí, desde luego, muy de cerca estos incidentes interamericanos, hasta volver a incorporarme más tarde al Comité de la Alianza para el Progreso. Entonces, creo que la propuesta de la Alianza era una propuesta progresista con la idea de que con el apoyo financiero de los Estados Unidos era posible producir en América Latina una serie de transformaciones necesarias. Porque América Latina arrastra en su historia, un pasado muy complejo. Nosotros somos los

herederos de la expansión de los pueblos europeos a fines del siglo XV. La presencia europea en África, en Asia y en Medio Oriente tuvo la particularidad de que los europeos coexistieron con las civilizaciones preexistentes y podían establecer relación de dominación, pero los chinos siguieron siendo chinos y los árabes siguieron siendo árabes. En cambio, en América la experiencia fue totalmente distinta. Los europeos encontraron civilizaciones que se desplomaron frente a la racionalidad operativa que traían los conquistadores, se desplomaron los pueblos originarios, se desorganizaron las organizaciones sociales de los pueblos originarios; y sobre esa matriz se implantó la esclavitud, con más de diez millones de africanos que fueron insertados en el continente. Así, se dio la fuerte concentración de la propiedad de los recursos durante todo el periodo colonial. Todo esto configuró un escenario en América Latina, por cierto, muy distinto al que se había dado en América del Norte, y desencadenó un conflicto muy grave. Entonces, la Alianza pretendía dar algunos cauces para resolver estos problemas. Pero los problemas eran demasiado profundos como para poder ser resueltos por la buena voluntad de Estados Unidos con un cierto poder

financiero.

Y lo cierto es que el proyecto no duró mucho. Logró desarrollar, como recordaba el Dr. Alemann, algunos muy buenos proyectos de infraestructura, pero como proyecto político, no prosperó. Y después cambiaron radicalmente aquellas condiciones originales que le habían dado origen a la idea y se instaló ya en el transcurso de la década del '70 todo este fenómeno llamado de la financiación, el predominio de dimensión financiera y el endeudamiento de los países. Y, desde luego, la inestabilidad política, los golpes de estado en varios países de América Latina en el transcurso de los años sesenta, incluyendo Argentina y Brasil, es un escenario muy distinto al que pretendió contribuir a moldear la Alianza para el Progreso.

Y después las cosas siguieron su curso. La crisis de la deuda sepultó en el olvido estas ideas de la Alianza para el Progreso y se instaló el paradigma neoliberal y el Consenso de Washington. Se pasa de la Alianza para el Progreso al Consenso de Washington, que respondía a principios, en gran parte, en las antípodas de la propuesta de la Alianza, que era una propuesta progresista, con presencia de políticas públicas en una economía de mercado pero con estos objetivos que señalé. Hubo un

cambio radical en el escenario político y de las ideas predominantes y, por lo tanto, el proyecto de la Alianza –tan bien inspirado e impulsado por una figura tan carismática como el presidente Kennedy– quedó sepultado por los acontecimientos posteriores.

Uno se pregunta ahora, a esta altura de los acontecimientos, a principios del siglo XXI, ¿qué validez tienen las mismas ideas de aquella época? Y yo creo que conservan validez los objetivos sociales, de la transformación social, de la industrialización, de tantas otras cosas, pero en un contexto distinto; no es previsible que esto pueda volver a pasar, por el apoyo de los Estados Unidos. Curiosamente, creo que en este mundo global en el que vivimos la dimensión endógena, la dimensión nacional de los países, aparece evidentemente como el campo decisivo donde se producen los acontecimientos. No parecería muy probable intentar un programa tan ambicioso como el de la Alianza sobre aquellas bases. Entonces cambió radicalmente el funcionamiento de la economía mundial, las ideas, cambió incluso la geografía económica mundial con la presencia de China, la aparición de nuevos actores y, en la misma América Latina, cambios políticos muy importantes: la

recuperación de la democracia, la consolidación institucional y, en diversa medida, políticas con propósitos transformadores que tienen, por cierto, muchos puntos en común con los que había propuesto la Alianza en términos de reforma social, de educación y una serie de cuestiones.

Pero vuelvo a decir que, de alguna manera, los acontecimientos que encuadraron el despliegue humanista y progresista de la Alianza le fueron quitando vigencia prácticamente hasta que las ideas fueron completamente sustituidas, vuelvo a insistir, por el paradigma neoliberal del Consenso de Washington. Además, enfrentamos ahora la aparición de una realidad distinta, con la presencia de China, en una situación mundial donde Estados Unidos hoy sigue siendo un actor fundamental, pero aparecen otros actores con una presencia muy significativa en el espacio latinoamericano, que nos confronta con otros tipos de problemas.

En conclusión, quiero decir que lo que heredamos de la Alianza establece el mensaje y el propósito de la reparación social y de lograr un mundo más equitativo, pero las condiciones políticas que hoy encuadran la realidad latinoamericana y el marco internacional son radicalmente distintas. Queda, entonces, como una memoria de una etapa de la historia

continental e internacional que debe servirnos para enriquecer nuestra comprensión de los problemas de la actualidad.

#### Palabras de Lillian O'Connell de Alurralde

Pido disculpas porque voy a leer; no tengo la capacidad de presentación de los miembros de esta mesa.

Vamos a decir que, de acuerdo con el saber convencional, dar cuenta cabal que las acciones de los hombres en el tiempo que les tocó vivir, requiere una conveniente distancia. Es medio centenario cuyo *fato memorem* quedan todavía lejanos. El medio siglo aparece con el magnetismo de los números redondos, como una distancia apropiada, sino para el veredicto total de la historia, al menos para alcanzar algunas analogías y diferencias que nos puedan permitir ubicar la presidencia de Kennedy en ese contexto.

Están todavía presentes algunos de sus contemporáneos, inclusive entre sus más cercanos colaboradores, y presente en la mente de todos, el impacto del fulgor y la estremecedora tragedia que marcaron su presidencia. Sobre ella han corrido ríos de tinta y seguramente seguirán corriendo. Amigos y adversarios han mantenido vivo el

debate, oscurecido a veces por las anécdotas frívolas o las angustiadas interpretaciones sobre el origen de la tragedia. Sobre este último tema nos mantendremos juiciosamente ajenos, al amparo de la salomónicamente sabia Comisión Warren que concluyó que no se podía probar la existencia de un segundo tirador. Como todo abogado exitoso sabe, la ambigüedad tiene sus méritos.

Los adversarios se encontraron entre los más recalcitrantes gestores del orden conservador, que poco a poco ha ido imponiendo su ortodoxia en la agenda contemporánea. Excluyo de esta categoría a la derecha fanática que no tuvo reparos en sostener que Kennedy, la Universidad de Harvard y Juan XXIII, eran todos el ícono del comunismo al que irremediablemente conducirían si se los dejaba correr. Detestado como había sido Roosevelt por los sectores conservadores, tampoco conformaba Kennedy a una izquierda insatisfecha de la cual es hoy vocero un intelectual de la talla de Noam Chomsky, quien sostiene que, en realidad, en Estados Unidos hay un sólo partido con dos facciones, ambas sujetas al poder de los dueños del poder económico y que, en ese contexto, Kennedy no fue otra cosa que un “cold warrior” vulgar con bello plumaje que más vale enterrar sin lamentar.

En todo caso, de lo que no cabe ninguna duda es de que se trató de un periodo de singular esplendor. Kennedy demostró al mundo y a sus compatriotas que Estados Unidos no era el pariente rústico de Europa ni el gigante materialista que sólo se reconoce a sí mismo en el cómputo de la caja registradora y la ferocidad armamentista. La Casa Blanca se convirtió en un dechado de prestancia intelectual con sello propio. Los artistas y los escritores que admiraba eran los comensales preferidos. Por primera vez se reunieron los premios Nobel que representaban la excelencia misma a la que Kennedy siempre apostó. Kennedy bromeaba con ellos diciendo, cuenta Sorensen, que estaban reunidos en ese momento el máximo de la intelectualidad que había estado alguna vez en la Casa Blanca, salvo cuando Jefferson cenaba solo. En sus discursos citaba con naturalidad a los poetas y a las grandes frases de los Founding Fathers que lo habían impresionado desde su juventud. Pablo Casals, exiliado del franquismo, fue invitado a dar un concierto al que todos recuerdan.

No había sido este, por cierto, el estilo de Eisenhower, ni sería el de su sucesor. En realidad, cuando Lyndon Johnson quiso emularlo, se encontró con un desgraciado

tropiezo: Robert Lowell y los otros invitados rechazaron el convite a la Casa Blanca por disentir con la política exterior del gobierno (la guerra de Vietnam y la invasión a la República Dominicana). La acción positiva de Johnson en materia de educación y la creación de la Fundación de las Artes y Humanidades no consiguieron mejorar esa imagen; por eso, quizás, el historiador que llevó a Johnson como cronista propio, Eric Goldman, cuando escribe la historia de la presidencia, la llama “la tragedia de Lyndon Johnson”.

Cuando le tocó a Johnson elegir a su propio vicepresidente, en la convención Demócrata de Atlantic City, había ya anunciado que no podía serlo ninguno de los miembros del gabinete. Eso significaba que Bobby Kennedy no podía ser el vicepresidente. Los candidatos posibles caminaban nerviosos por la rambla; me acuerdo de McCarthy y Hubert Humphrey, que fue finalmente elegido. Pero el público quería una sola persona: Bobby subió al estrado, quiso empezar a hablar, se le quebró la voz y durante 16 minutos fue aplaudido de pie. Era muy difícil rivalizar con los Kennedy; más fácil era matarlos, parece.

La historia, se sabe, habla con múltiples voces. ¿Qué eran éstos? Dos muchachos dorados a los que se puede dispensar con elegancia, como la

famosa canción de Cymbeline “golden boys and girls all must, like chimney sweepers, come to dust”. O, más bien, eran otros hermanos Graco de romana envergadura, tribunos de la plebe, asesinado primero el mayor y después el segundo, por afectar los intereses con la sensibilidad de los optimates de turno.

Pero dejemos el esplendor y las diatribas, y acerquemos el lente a esos mil días que se extendieron desde la segunda inaugural con Robert Frost a su lado, hasta la tragedia de Dallas. Consideremos, pues, la presidencia de John Kennedy.

Para cumplir con sus propósitos, Kennedy se rodeó de un gabinete de particular equilibrio, que incluía como Secretario del Tesoro al eficiente Douglas Dillon, como Secretario de Defensa a Robert McNamara, a su hermano Bobby como procurador General y a Dean Rusk, su Secretario de Estado. A este gabinete se unió un equipo de asesores que integraba desde prohombres del partido demócrata, como Acheson, Bowles y Harriman, hasta intelectuales de la talla de Schlesinger, su historiador de cabecera, McGeorge Bundy, Rostow, Galbraith y su ghostwriter principal, Theodore Sorensen.

El mundo en que Kennedy accedió a la

presidencia vivía los rigores a la guerra fría y el temor a la amenaza nuclear. Jrushchov, el mismo que había golpeado su zapato en la banca de las Naciones Unidas, había comenzado a referirse a la Unión Soviética como la mayor potencia de la Tierra. El Sputnik había sido puesto en órbita y el segundo Sputnik había llevado por primera vez un ser vivo, la perra Laika. Y, pronto, enviaría al primer hombre a orbitar la Tierra: Yuri –I could have gone on forever– Gagarin causó nuevamente un enorme impacto.

En Estados Unidos, después de los largos años de Eisenhower, con sus repetidas recesiones, una sociedad en reposo, a década y media del fin de la conflagración mundial, eran prueba de que estaba presa de una infamante segregación y de los escarceos de los jóvenes beatniks, que más adelante florecerían como los hippies que no querían hacer la guerra. El sur era sólidamente demócrata y sólidamente segregacionista. Eisenhower alertó sobre los peligros del establishment militar industrial.

En esta circunstancia Kennedy venció a Nixon, el vicepresidente de Eisenhower, con una muy exigua diferencia de votos. ¿Quién era este candidato a cuyo triunfo contribuyó la magia televisiva? Era, primeramente, el candidato del partido demócrata, que había vencido en las

primarias al respetado senador Humphrey y se sentía heredero de Roosevelt, por un lado, y de Lincoln también. Pero, a pesar del sesgo definitivamente progresista que caracterizaba a la Nueva Frontera, no formaba parte de los Americans for Democratic Action, un grupo más a la izquierda dentro del partido demócrata, al que pertenecían entre otros, el paradigmático Adlai Stevenson, que fue su embajador en Naciones Unidas.

Lo cierto es que a la presidencia de los Estados Unidos llegaba por primera vez un católico, irlandés de origen por los cuatro costados, nieto de Honey Fitz, el popular alcalde de Boston, e hijo de un padre que había hecho fortuna y representado a su país en Londres. Irrumpía, así, en un predio hasta entonces reservado exclusivamente para los WASP (blanco, anglosajón y protestante) un recién llegado, bien parecido, héroe de guerra, ganador de un premio Pulitzer, educado en las mejores escuelas y el más joven de los presidentes de los Estados Unidos. ¿A qué “nuevas fronteras” pretendería llevarlos este papista, atrevido, capaz –en la paranoia del día– de celebrar una misa católica en la mismísima Casa Blanca.

En esto estaban errados. Kennedy era un empedernido cultor de la Constitución y

suscribía a rajatabla el principio de la separación de la Iglesia y el Estado. Y así lo demostró cuando al plantear el apoyo del gobierno federal a las escuelas estatales excluyó a las parroquiales a pesar del fuerte lobby que su Iglesia, y entre ellos el poderoso Cardenal Spellman, pretendieron ejercer.

En el plano nacional, las leyes sociales, y particularmente la de educación y la de salud, concluyeron en absolutos fracasos. Eran apenas, sin embargo, un primer paso en un programa de integración nacional que buscó ampliar la base electoral y, en consecuencia, el compromiso democrático de los Estados Unidos, recurriendo a todos los medios a su alcance e incluso al ejercicio del principio de “one man one vote” que en su aplicación permitiría superar la manifiesta preponderancia del voto rural sobre el voto urbano.

Pero lo fundamental era incorporar a los ciudadanos de color. víctimas –a casi un siglo de la guerra de secesión– de prácticas inconciliables con el mandato constitucional: todos los hombres han sido creados iguales. El envío de la guardia nacional, cuando ya se habían agotado los demás medios al estado de Mississippi para custodiar el ingreso a la Universidad de George Meredith y después a Alabama donde se sucedían los desórdenes raciales sin lograr

protección alguna, fueron los hechos más visibles. Pero los Kennedy ya se habían solidarizado con el dirigente de color Martin Luther King, que durante la campaña electoral había estado preso y durante su presidencia tuvo lugar la imponente marcha de Washington que acuñó el histórico “we shall overcome”; fue presidida por el reverendo King y su “I have a dream”. Lo cierto es que 50 años después un hombre de color ocupa la presidencia de los Estados Unidos.

Aunque poco ducho en cuestiones económicas, Kennedy no solo supo rodearse de especialistas del más alto nivel, sino que siguió con detalle las cuestiones que hacían a la mayor prosperidad nacional, atento a las propuestas de distintos signos que se le presentaban.

Pero, como política propia destaco el impulso a la investigación científica, que fue uno de sus proyectos predilectos. Había observado con desmayo el avance de la ciencia soviética en la nueva era espacial y se propuso superarlo, como dijo en un famoso discurso en el que recordó que: “así como el imperio romano se había cimentado sobre sus carreteras y el imperio británico sobre sus rutas marítimas, Estados Unidos lo haría como potencia espacial”. Todos y cada uno de estos

propósitos estaban dirigidos al doble plano interno e internacional y es en este último en el que obtuvo sus mayores triunfos, no exento de algunos sinsabores iniciales de los que sacó buen provecho.

Su primer traspie tuvo por escenario el caso cubano que se acaba de mencionar, la invasión fracasada de Bahía de los Cochinos, diseñada durante el gobierno de su predecesor, con la ingenua ilusión de que producido el desembarco la multitud liberada abrazaría a los invasores que, aunque entrenados y armados por los Estados Unidos, eran de su propia cepa.

La invasión produjo un daño evidente que no le fue fácil dejar atrás, pero, sin duda, el desafío principal lo plantearía la Unión Soviética. En la primera reunión que tuvo Kennedy con Jrushchov en Viena, éste fue muy agresivo, le planteó el problema de Berlín y el comienzo del alambrado de púa. Estados Unidos se encontraba ante una situación sumamente presionada; se habló de tirar la bomba atómica (siempre había alguno que quería tirar la bomba atómica), pero Kennedy consiguió resistir los embates de Jrushchov sobre este tema y finalmente lo redondeó sin mayor gravedad.

Por cierto que la crisis de los misiles es el escenario fundamental, es su prueba mayor de la cual salió notablemente airoso al evitar el

colapso nuclear y detener el expansionismo soviético de ese momento, requirió astucia, fortaleza y limpieza de objetivos. Y requirió también de un Jrushchov que lo comprendió y, allí cuando el mundo en suspenso se preguntaba qué pasaría si el líder ruso no cedía, primaron el coraje y la razonabilidad. Los misiles se retiraron y los barcos rusos, escoltados por los norteamericanos, se llevaron los misiles.

A partir de ese episodio, cuyo dramatismo tuvo en vilo al mundo en su conjunto, la relación entre ambos líderes permitió cumplir con el proyecto que Kennedy había concebido y que expresó en su discurso en la ceremonia de graduación de American University, ese discurso titulado "Strategy for Peace" es una de las piezas más importantes de la política norteamericana. Desatendida en ese entonces por gran parte de la prensa norteamericana fue celebrada en Europa y por el propio Jrushchov

¿Qué quería decir? Por lo pronto, se había instalado aquel teléfono rojo entre los dos dirigentes que podían hablarse en cualquier momento cuando el peligro lo significara, pero también había una bondad de intercambio epistolar que permitió que fueran dadas las condiciones para la firma del

tratado de suspensión de los ensayos nucleares, paz esencial en el proceso de desarme en el que estaba interesado.

Ese espíritu nacional y batallador que había presidido primero el acuerdo en Laos, iba a tener un interesante seguimiento en las relaciones hemisféricas, de la cual no hay tanto conocimiento. En el caso de Laos, muy tempranamente, Kennedy había insistido en que no se pretendiera que se instalara allí un gobierno amigo a su imagen y semejanza; bastaba que se tratara de un gobierno que no fuera títere de la Unión Soviética, y así se acordó; bastante diferente a la idea del “regime change”, que tantos disgustos nos ha dado.

En el caso de Cuba, y ya excluido el gobierno de Cuba de la OEA, con un Fidel poco feliz porque sus aliados soviéticos nada le habían comunicado sobre el retiro de los misiles, y en marcha el programa alternativo para el hemisferio, que bajo el nombre de Alianza para el Progreso todavía no había perdido su rumbo, Kennedy intentó un acercamiento que su muerte frustró. De ello da detallada cuenta el renombrado periodista francés Jean Daniel que estaba reunido con Castro cuando se recibió la noticia de lo ocurrido en Dallas. Daniel, que paso varios días con Castro, llevaba el encargo de Kennedy de transmitirle la propuesta

norteamericana que ya se venía discutiendo en el más estricto secreto por otras vías. Sucintamente el mensaje era raro: si Fidel se abstenía de exportar la revolución al resto de América, todo era posible; pero si intentaba continuar eso, nada lo era. En esos términos crípticos la propuesta fue incluida en un discurso del presidente en el mes de noviembre y transmitida al embajador cubano, el Embajador Lechuga, que era el embajador en Naciones Unidas, en una serie de reuniones reservadas.

Conocida la noticia del asesinato, y siempre según un artículo realmente llamativo de Jean Daniel en la revista *New Republic* del 7 de diciembre –el primer número inmediatamente posterior al asesinato–, Castro comentó: “ahora ya no hay más nada que hacer” y “ya verán, me acusarán a mí de ser director de la mano asesina”.

Se apostó, así, a un proyecto concreto en el plano hemisférico que, en parte, era el mismo que Kennedy tenía para el mundo en su conjunto: la Unión Soviética empezó a hablar de coexistencia pacífica; los americanos hablaban de la *détente*, para no tomar la terminología soviética directamente. El propio secretario del *World Press* dijo en una de sus más conocidas intervenciones que: “aquí

estábamos en vista de una secuela que iba de la guerra fría a la coexistencia pacífica y de allí al Peaceful Change”.

Como todos sabemos, eso no se produjo de ese modo. La paz con la Unión Soviética y la integración interior de los Estados Unidos eran dos caras de la misma medalla del proyecto racional y progresista de Kennedy.

Detengámonos aquí un poco. En las cinco décadas transcurridas desde la tragedia de Dallas se ha producido una transformación espectacular en la sociedad mundial y en el lugar que Estados Unidos ocupa en ella. ¿Es este de hoy el futuro que Kennedy avizó? Si contemplamos los cambios ocurridos en apenas menos de medio siglo: por un lado, la caída del muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y las transformaciones en China, a la vez que las tribulaciones que una estrategia del *rearmament* que ha distorsionado el concepto de libertad para identificarlo con el más crudo aventurerismo, es lícito preguntarse contrafácticamente qué hubiera pasado si, en lugar una dinastía Bush y Reagan, como representantes de la mano invisible en la Tierra, hubiera habido una dinastía Kennedy, con John reelegido, con Bobby y Teddy .

Se podría imaginar, quizá, en ese caso, una humanización de la sociedad mundial que la

tecnología ha hecho imperativa sin llegar a los extremos de reacción que aparecen cada vez más insidiosos: la limpieza étnica, los brotes de antisemitismo, un nacionalismo servil, una conflictividad racial y una pobreza que la exacerba, y una distribución inicua de la riqueza en un mundo en vías de destrucción.

Ya sabemos que el ejercicio contra-fáctico no es válido. Sin embargo vale la pena tener en cuenta que aquel legado puede recuperarse. La energía moral de los Estados Unidos no se dejará anonadar por estos obstáculos porque el pueblo norteamericano ha elegido y reelegido un presidente de color tan refinado y elocuente como los precursores que él mismo ha seleccionado. Hostigado como aquel Kennedy por los mismos sectores, su presidencia será otro hito en el verdadero desafío de nuestro tiempo, que es la convivencia ética y cultural.

Hoy es diecinueve; Kennedy fue asesinado el veintidós. Pero hoy se cumplen ciento cincuenta años de la arenga de Lincoln en Gettysburg, un texto que cuando uno lo lee nos sigue impresionando porque sus palabras siguen tan vivas como cuando él las pronunció.

Por eso, ante el malestar que nos aqueja –

porque estamos en un mundo que no es el que queríamos-, no es necesario indignarse, aunque la indignación no haya sido un mal motor de la historia. Pero lo esencial es no resignarse. Ese me parece a mí el legado más vivo y contundente que nos dejó John Kennedy. Si al decir de Max Weber la política requiere de pasión y perspectiva, Kennedy fue un buen discípulo, por eso y con menos recato, concluiré mis palabras parafraseando a Unamuno: “Que Dios no le dé la paz pero que le dé la gloria”.

*Agradecemos la colaboración de Anabel Rodríguez en la elaboración de este documento.*

*Roberto Alemann / Dos veces Ministro de Economía de la Nación, se desempeñó como Embajador argentino en Washington entre 1962 y 1963. Subdirector y editor del periódico "Argentinisches Tageblatt". Es Miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y miembro fundador del CARI, cuyo Comité Consultivo integra.*

*Aldo Ferrer / Ex Ministro de Obras y Servicios Públicos y de Economía y Trabajo de la Nación, fue Ministro de Economía de la Provincia de Buenos Aires y Presidente del Banco de dicha provincia. Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, ha desempeñado una importante tarea como publicista y profesor universitario. Fue Embajador en Francia hasta su reciente regreso al país. Es actualmente Director Editorial del diario Buenos Aires Económico.*

*Lillian O'Connell de Alurralde / Diplomática de carrera, destinada a la Embajada argentina en Washington DC en 1961, recibió su Master en Relaciones Internacionales en la American University de esa ciudad. Se desempeñó, asimismo, en la Misión ante la OEA y presidió la Comisión Nacional de conmemoración del Cincuentenario de dicha Organización. Fue Directora del Instituto del Servicio Exterior de la Nación y Embajadora en Canadá. Es miembro del Comité Consultivo del CARI.*

**Para citar este artículo:**

Alemann, Roberto; Ferrer, Aldo; O'Connell de Alurralde, Lillian (2013), "50° aniversario de la muerte de John F. Kennedy" [disponible en línea desde noviembre 2013], Serie de Artículos y Testimonios, N° 86. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at86.pdf>